

Capítulo XXVII

LA DECONSTRUCCIÓN

I. INTRODUCCIÓN

Al hablar de deconstrucción hay que distinguir lo que es la deconstrucción como **actitud filosófica** y lo que es la deconstrucción como corriente de **teoría literaria** inspirada en aquella filosofía. En cualquier caso, el origen está asociado al nombre de Jacques Derrida, filósofo de cuya teoría se nutre principalmente todo lo que se agrupa bajo el nombre de **deconstrucción**.

Jacques Derrida se integra en la corriente filosófica del siglo XX empeñada en el desmontaje de la metafísica, y al mismo tiempo está estrechamente vinculado con la vanguardia del estructuralismo francés de los años 60, como veremos al estudiar sus primeras publicaciones. Esta vinculación con la **nouvelle critique** puede explicar el interés que la teoría literaria sintió por la crítica filosófica practicada por Derrida. Además, desde los primeros escritos del mentor de la deconstrucción, ocupan un lugar importante los que se consagran a temas relacionados con el lenguaje y la lingüística.

No es extraño que en la presentación de Jacques Derrida que hace Julia Kristeva, previa a la entrevista que con el título de *Sémiologie et grammatologie* abre la importante colección de trabajos titulada *Essays in semiotics. Essais de sémiotique* (1971), diga, refiriéndose a tres de los libros que hasta entonces había publicado el filósofo (*L'écriture et la différence*, *De la grammatologie*, *La voix et le phénomène*, todos del año 1967), que “*abren un nuevo espacio de reflexión sobre el signo, sus presupuestos y sus procedimientos, y por consiguiente, sobre la semiología lo mismo que sobre la ciencia en general*” (Derrida, 1971: 11).

Por lo que se refiere a la teoría literaria de la deconstrucción, ésta se identifica, en sentido estricto, con la llamada **Escuela de Yale**, integrada por un grupo de profesores de dicha universidad estadounidense que tienen conocimiento de las teorías de Jacques Derrida a finales de los años 60 y que buscan apoyo en conceptos desarrollados por el francés para sus novedosas propuestas acerca de la literatura, la interpretación o la lectura de los textos. Los componentes de este grupo son Paul de Man, Geoffrey Hartman, J. Hillis Miller, y Harold Bloom, aunque este último mantendrá unas relaciones especiales con la deconstrucción, según se verá. El auge de la escuela se da en los años 70, y puede decirse que se mantiene en primera línea hasta la muerte de Paul de Man en 1983.

La deconstrucción adquirió en Estados Unidos una popularidad que desbordó el campo de la teoría **literaria** para convertirse en una **teoría** de casi todo. Especialmente cuando se integra con propuestas procedentes de otras corrientes y autores (feminismo, teología, psicoanálisis, marxismo, antropología, lingüística; M. Foucault, J. Lacan, R. Barthes, F. Lyotard, J. Kristeva), dentro del movimiento general del *postestructuralismo*; entonces empieza la fase que Kneale llama de la deconstrucción aplicada (Adamson, 1993: 30; Kneale, 1994: 188-191). Detalles de esta expansión son, por ejemplo, el que la **International Union of Architects** publica una guía de la decons-

tucción para estudiantes, editada por Jorge Glusberg (1991), donde junto a las referencias arquitectónicas se encuentra un resumen de la filosofía de la deconstrucción, con atención especial a Derrida; o que una de las últimas películas de Woody Allen, *Desmontando a Harry*, se inspire en la deconstrucción, lo que indica el grado de popularidad en ciertos ambientes, al menos neoyorquinos.

En una presentación general que quiere centrarse en las teorías consideradas clásicas de la deconstrucción literaria, hay que hablar de los cuatro críticos de Yale antes mencionados, pero antes hay que referirse a Jacques Derrida, padre indiscutido de este movimiento.

II. SIMPOSIO INTERNACIONAL SOBRE *LOS LENGUAJES CRÍTICOS Y LAS CIENCIAS DEL HOMBRE* (1966)

La celebración del simposio internacional sobre *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre* tiene lugar en el Centro de Humanidades Johns Hopkins entre el 18 y el 21 de octubre de 1966. Destaca, entre los más de cien humanistas y sociólogos asistentes, la participación del grupo parisino de la École Pratique des Hautes Études -una de las grandes instituciones del estructuralismo del siglo XX en los más diversos campos-, que, en palabras de los editores de las actas, “*dio a los encuentros un sabor inequívocamente francés*”.

Las actas, editadas por R. Macksey y E. Donato se publican en 1970 y fueron traducidas al español sorprendentemente pronto, por la Editorial Barral de Barcelona, en 1972. Es un caso comparable al de la temprana traducción del manifiesto de H. R. Jauss de 1967.

Jacques Derrida participa en la reunión con su trabajo sobre *La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines*, texto que se publica en francés, antes de aparecer las actas de la reunión, en el libro *L'écriture et la différence* (1967).

Son tres las traducciones del texto de Jacques Derrida al español: en las actas de la reunión (1972), en la traducción (1989) de *L'écriture et la différence*, y en un folleto editado por Anagrama con el título de *Dos ensayos* (1972).

Pues bien, este escrito de Jacques Derrida tuvo una enorme influencia en Estados Unidos. En su historia de la crítica de este período, Frank Lentricchia (1980: 164) dice, refiriéndose a este texto, que

“[...] ha despertado tal entusiasmo entre los seguidores norteamericanos de Derrida, que su consideración puede considerarse sacrosanta -con la distorsión interpretativa que estas consagraciones siempre acarrearán”.

Y así, a partir de la teoría del **descentramiento** de la estructura allí expuesta, se saca la consecuencia del **libre juego sin condiciones** de la significación, o la idea de que la **interpretación** no es mimesis pasiva, antes bien se habla de **violencia hermenéutica** en que una cadena de significantes se sustituye por otra cadena de significantes (Lentricchia, 1980: 164-165).

Explica también F. Lentricchia (1980: 158) cómo la atención norteamericana a Derrida se ha concentrado en obras de menor extensión (“Freud et la scène de l'écriture”).

re”, “La différance”, “La mythologie blanche”, “Les fins de l’homme”, y sobre todo “La structure, le signe et le jeu dans le discours des sciences humaines”), porque los libros son traducidos a finales de 1976, *De la grammatologie*; en 1978, *L’écriture et la différance*; y el que se tradujo en 1973, *La voix et le phénomène*, está demasiado centrado en cuestiones técnicas husserlianas como para interesar a una amplia audiencia. También K. M. Newton destaca la importancia del texto que Derrida presentó en el Simposio de 1966 -que puede considerarse como el momento de la aparición del postestructuralismo-, hasta el punto de calificarlo del texto postestructuralista mejor conocido y uno de los más imponentes para el tema de la interpretación (Newton, 1990: 76).

La colaboración de Eugenio Donato publicada en las actas del simposio que venimos comentando se titula *Las dos formas de expresión de la crítica* (Macksey, Donato, 1970: 105-113) y plantea muy bien, según F. Lentricchia (1980: 158), dos **cuestiones esenciales** que obsesionan a principios de los setenta a los derrideanos y a sus oponentes: la **estructuralidad de la estructura**, es decir, su descentramiento; y la **interpretación como sustitución de cadenas de significantes**. De ahí que el discurso crítico no sea transparente, y **no se puedan separar literatura y crítica**.

Este es el contexto teórico general en el que se va a hacer una somera presentación de algunos de los temas y conceptos de la deconstrucción. Hay que empezar, como es lógico, por la obra de quien está en el origen de toda esta corriente de filosofía crítica, Jacques Derrida.

III JACQUES DERRIDA (1930-)

La deconstrucción se identifica con la labor teórica del filósofo francés Jacques Derrida, nacido en Argelia y afincado en Francia desde fines de los años 50. En los años 60 está vinculado con la vanguardia teórica del grupo *Tel Quel* -su famosa conferencia de 1968 sobre *La différance* es publicada en el volumen colectivo del grupo que lleva el título de *Théorie d’ensemble* (1968), antes de ser incluida en el libro *Márgenes de la filosofía*, 1972-, al tiempo que desarrolla su trabajo en los más prestigiosos centros de enseñanza superior franceses, en París: la Sorbona, École Normale Supérieure, École des Hautes Études en Sciences Sociales. De 1975 a 1985, coincidiendo con el período de mayor protagonismo de la deconstrucción en teoría literaria, da un seminario anual en la Universidad de Yale; y desde 1986 en la Universidad de California, Irvine. Su labor académica se despliega a ambos lados del Atlántico.

Jacques Derrida ha dado conferencias por todo el mundo y es uno de los filósofos actualmente más famosos, si no el que más. Director del Collège International de Philosophie, fundado en 1983, Jacques Derrida interviene públicamente también en defensa de causas concretas -contra el *apartheid*, por ejemplo-, siguiendo una tradición de intelectual europeo.

Puede leerse su *curriculum vitae*, hasta 1990, en G. Bennington (1991: 325-334), libro, por otra parte, que constituye una magnífica introducción a la vida, la obra y el pensamiento de Jacques Derrida. Véase también C. de Peretti (1989: 185-187). En una reseña reciente de dos publicaciones de J. Derrida, en el suplemento dedicado a los libros en el periódico francés *Le Monde* (16-XI-2001), Roger Pol-Droit destaca lo paradójico en la figura del filósofo: “Pensador apartado, pero figura pública. Intelectual comprometido, pero según modalidades originales. Autor considerado oscuro, pero frecuentemente claro. Filósofo mundialmente célebre, pero poco comprendido”.

1. El proyecto filosófico de la deconstrucción

Todo el quehacer teórico de Jacques Derrida obedece a una actitud bien definida frente a la tradición de la filosofía occidental; actitud que desemboca en el proyecto general de *deconstrucción*. John Lechte (1994: 105-110) hace una síntesis muy útil, por clara y precisa, de las posiciones filosóficas de Derrida, y nosotros lo resumimos en este punto.

El intento mayor de Jacques Derrida es, según J. Lechte, subvertir la dependencia de la tradición filosófica occidental respecto de la **lógica de la identidad** (sus leyes son las de: la identidad, contradicción y tercero excluido). Esta coherencia lógica presupone una **realidad esencial** -un **origen**- a la que las citadas leyes se refieren. Queda, pues, excluida, en la tradición filosófica occidental, la **complejidad**, la **mediación** y la **diferencia** (que se relaciona con "impureza" o complejidad).

Se instituye un proceso de **exclusión** en un nivel general, **metafísico**, en el que un **sistema de conceptos** (sensible-inteligible; naturaleza-cultura; ficción-verdad; habla-escritura, etc.) gobierna la operación del pensamiento, y llega a institucionalizarse.

La **deconstrucción** trata de investigar la naturaleza de la **metafísica** occidental y su base en la **ley de la identidad**. Esta tradición se muestra, después de la investigación "deconstruccionista", plagada de **paradojas** y **aporías lógicas** (enunciados que contienen una inviabilidad de orden racional). No hay forma, pues, de escapar a la impureza y a la subversión de la **autopresencia**. Todo **origen** tiene en su misma condición la posibilidad de un **no-origen**.

Junto a esta fase de constatación de la imperfección del pensamiento filosófico, la fase de **creatividad filosófica** va asociada a la *différance* -con *a*, para distinguirla de *différence*, aunque en francés suenan igual-, concepto creado en 1968 a partir del comentario a F. de Saussure, para quien la **lengua es un sistema de diferencias**. Como en este sistema no hay términos positivos -todos se definen por la diferencia respecto de los otros- la **diferencia** se convierte en el prototipo de lo que **escapa a la metafísica occidental**. La *différance* es al mismo tiempo distinguir (**diferenciar**) y posponer (**diferir**), y nos ayuda a comprender toda una serie de términos que tienen importancia en la teoría derrideana: *phármakon* (veneno y antídoto), *suplemento* (sobra y adición necesaria), *himen* (dentro y fuera).

En español pueden leerse dos buenas introducciones al pensamiento filosófico de Jacques Derrida en los trabajos de dos profesores que, además, han traducido algunas de sus obras, al tiempo que han ayudado a dar a conocer la deconstrucción entre nosotros. Se trata de Cristina de Peretti (1989) y de Patricio Peñalver (1990).

2. Obras

Entre sus abundantes publicaciones, damos los títulos de los trabajos más importantes de Jacques Derrida para comprender la deconstrucción, especialmente en sus aplicaciones a la teoría literaria.

En el año 1967 aparecen tres importantes libros de Derrida:

- *De la grammatologie* [*De la gramatología*, 1971]
- *L'écriture et la différence* [*La escritura y la diferencia*, 1989]
- *La voix et le phénomène. Introduction au problème du signe dans la phénoménologie de Husserl* [*La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, 1985].

Del año 1972 es la publicación de dos colecciones de trabajos en forma de libro:

- *La Dissémination* [*La diseminación*, 1975]
- *Marges de la philosophie* [*Márgenes de la filosofía*, 1989].

Añadiríamos a los anteriores títulos el del libro que recoge las tres conferencias pronunciadas, en 1984, poco después de la muerte de Paul de Man, en las universidades de Yale y California (Irvine), publicadas en inglés en 1986 con el título de *Mémoires for Paul de Man* [*Memorias para Paul de Man*, 1989].

Es *De la gramatología* una de las obras mayores de Derrida, donde desarrolla una teoría de la escritura (*gramatología*), como crítica del logocentrismo, presencia de la voz, metafísica de la escritura fonética. Saussure, por ejemplo, sitúa en la palabra hablada el objeto de la lingüística, y no en la palabra hablada y la palabra escrita (1967a: 41, de la traducción). De las dos partes del libro, la primera, centrada en el análisis de teorías lingüísticas del signo y de la escritura, “*esboza a grandes rasgos una matriz teórica, señala determinados puntos de referencia históricos y propone algunos conceptos críticos*”. Estos conceptos son puestos a prueba en la segunda parte en lo que constituye “*una lectura de lo que tal vez podríamos llamar la época de Rousseau*” (1967a: 3, de la traducción). Comenta el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, de Rousseau.

La escritura y la diferencia es recopilación de distintos trabajos, entre los que hay que destacar: *Freud et la scène de l'écriture*, publicado antes en la revista teórica de la vanguardia intelectual francesa, *Tel Quel* (1966); *La structure, le signe et le jeu*, conferencia del famoso simposio de 1966 en Johns Hopkins University (Baltimore), que tanta repercusión tuvo en Estados Unidos.

La voz y el fenómeno se centra en realizar el trabajo de deconstrucción de la metafísica en la fenomenología husserliana; para ello analiza fundamentalmente su idea de signo en términos que aparecen también en otros trabajos de este momento: escritura, *diferancia*, presencia...

En *La diseminación* se recogen trabajos tan clásicos de la obra de Derrida como el análisis de la teoría de la escritura en Platón: *La farmacia de Platón*, cuya primera versión había sido publicada en *Tel Quel* en 1968; o el que da título a la colección y a uno de los conceptos más derrideanos, *La diseminación*, publicado antes en una primera versión en 1969, que integra numerosos fragmentos citados de la obra de Philippe Sollers, *Números*. Léase el siguiente fragmento, para hacerse una idea del estilo -tan próximo al literario-, en que se suele expresar Derrida, y del término *diseminación*:

“*Germinación, diseminación. No hay primera inseminación. La simiente es primero dispersada. Huella, injerto cuyo rastro se pierde. Se trate de lo que se denomina “lenguaje” (discurso, texto, etc.) o de inseminación “real”, cada término es un germen, cada germen es un término. El término, el elemento atómico, engendra dividiéndose, injertándose, proliferando. Es una simiente y no un término absoluto. Pero cada germen es su propio término, tiene su término no fuera de sí, sino en sí como su límite interior, formando ángulo con su propia muerte*” (1972a: 453-454, de la traducción).

Márgenes de la filosofía es también una recopilación de trabajos publicados antes, entre los que se encuentran algunos tan conocidos como *La différance*, o *La mitología blanca*. O la deconstrucción de la teoría de los actos de lenguaje de Austin que se encuentra en la sección final del trabajo *Firma, acontecimiento, contexto*.

3. Nueva actitud en las investigaciones humanísticas

Aunque es evidente que no es el lugar de plantear, y mucho menos discutir, ni siquiera uno de los muchos problemas que Derrida plantea en su abundante producción teórica, no parece injustificado dar alguna noticia de lo que trata en el trabajo que tan famoso lo hizo para la deconstrucción americana. Porque, además, no es mal ejemplo del proceder general de Derrida en su constante labor de desmontaje de la metafísica occidental. Pasemos, pues, a resumir *Estructura, signo y juego en el lenguaje de las ciencias humanas*.

Tradicionalmente la **estructura**, en su estructuralidad, ha sido neutralizada por el proceso de “*darle un centro o referirla a un punto de presencia, un origen fijado*” (citamos por la traducción de este trabajo en Macksey y Donato, 1970: 269. En adelante sólo se da la página, que siempre se refiere a esta traducción.) De esta forma se limitaba “*el libre-juego de la estructura*” (269). Pero, al mismo tiempo, el centro, “*punto en el que la sustitución de los elementos o términos ya no es posible*”, escapa a la estructuralidad, y por eso el pensamiento clásico “*podría decir que el centro está, paradójicamente, en la estructura y fuera de ella*”. [De esta manera se critica, en una operación típica de la deconstrucción, una idea clásica -aquí la de estructura-, que, contra lo que se cree, no es coherente, sino *contradictoriamente* coherente. Bien claro lo dice Derrida en lo que sigue.] La paradoja es la siguiente:

“El centro está en el centro de la totalidad, y aun así, como el centro no pertenece a la totalidad (no es parte de ésta), la totalidad tiene su centro en otro sitio. El centro no es el centro. El concepto de estructura centrada -aun- que representa la misma coherencia, la condición del episteme como filosofía o ciencia- es contradictoriamente coherente” (270).

El centro en la historia de occidente recibe diferentes formas o nombres, metáforas y metonimias cuya historia es la historia de la metafísica. Su matriz es la determinación de estar como presencia: “*Sería posible mostrar que todos los hombres relacionados con los fundamentos, principios o centro, siempre han designado la constancia de una presencia eidos, archè, telos, energeia, ousia (esencia, existencia, sustancia, sujeto) aletheia, transcendencia, conocimiento o consciencia, Dios, el hombre, y así sucesivamente*” (271). Nótese que los conceptos tradicionales enumerados por Derrida constituyen una lista de conceptos que en sus discusiones siempre van asociados a la *metafísica de la presencia*, objetivo principal de su proyecto de crítica filosófica, de desmontaje y deconstrucción.

Esta visión tradicional sufre una ruptura cuando empieza a pensarse “*la estructuralidad de la estructura*”, pues entonces el centro no es pensado como un *ser-presente*, sino como una *función*, “*una especie de no-lugar en el que un número infinito de sustituciones-signo entran en el juego*”. Es lo que ocurre cuando el lenguaje invade todos los problemas, cuando todo se hace *discurso* -sin centro, ni origen-,

“[...] cuando todo se convirtió en un sistema, en el que el significado central, el significado original o trascendente, no está nunca enteramente presente fuera de un sistema de diferencias. La ausencia del significado trascendental se extiende al dominio y a la acción de la significación ad infinitum” (271).

Nietzsche y su crítica de la metafísica, Freud y su crítica de la auto-presencia, y Heidegger con su crítica de la determinación del ser como presencia, son los nombres

que da Derrida para autores en cuyos discursos el suceso de la noción de estructuralidad de la estructura “*ha mantenido, casi, su formulación más radical*” (271).

Plantea seguidamente Derrida la dificultad del trabajo de destrucción de la metafísica, desde el momento en que no hay más remedio que emplear conceptos de la metafísica para atacarla. Por ejemplo, el concepto de signo. Ejemplifica, por lo que atañe al lenguaje de las ciencias humanas, con el caso de la etnología y los textos de C. Lévi-Strauss. En ellos se muestra que la utilización de la oposición *naturaleza / cultura*, oposición congénita a la filosofía ya antes de Platón, es necesaria, pero es imposible hacerla aceptable. Por ejemplo, la **prohibición-del-incesto** contradice la oposición porque es *universal* (y por tanto *natural*) y al mismo tiempo está sometida a *normas* (y por eso es *cultural*).

Este ejemplo le sirve a Derrida para afirmar que “*el lenguaje lleva en sí la necesidad de su propia crítica*” (275). Pero más que cuestionar sistemática y rigurosamente la historia de estos conceptos (**naturaleza** y **cultura** en el caso comentado), es mejor utilizarlos, aunque “*se exponen aquí y allí sus límites*”, y

“[...] no se les atribuye ningún valor verdadero; hay una disposición a abandonarlos si se hace necesario, por presentarse otros instrumentos que parecen ser más útiles. Mientras tanto, se explota su eficacia -relativa- y se emplean para destruir la vieja maquinaria a que pertenecen y de la que ellos mismos son piezas. Así es como el lenguaje de las ciencias humanas se critica a sí mismo” (276).

Pasamos por alto la detallada discusión de cómo Lévi-Strauss da ejemplo de este servirse de conceptos tradicionales al tiempo que se le somete a crítica, y de su idea *bricolage* como método -que Genette propone trasladar a la crítica literaria-. Más importa ver cómo parte del problema de la *totalización*, inútil e imposible, por cuanto que un sujeto o un discurso finito nunca llegaría a alcanzar la riqueza infinita. Ahora bien, esta *no-totalización* puede verse, determinarse, desde el punto de vista del *libre-juego*.

El campo observado no puede ser abarcado en una totalización, no porque sea infinito, sino porque por su naturaleza (el lenguaje y un lenguaje finito) es el del *libre-juego*, es decir, “*un campo de sustituciones infinitas en el marco de un conjunto finito*”. “Finito” quiere decir carente de centro. Léase el siguiente fragmento, donde está perfectamente explicado el juego libre de significaciones y donde aparece un concepto que se repite en la deconstrucción, el de *suplemento* (con la significación doble de “suplir una deficiencia” y “proporcionar algo adicional”):

“Este campo permite así estas sustituciones infinitas solamente porque es finito, es decir, porque, en lugar de ser un campo inagotable, como en la hipótesis clásica, en lugar de ser demasiado grande, le falta algo: un centro que retenga y fundamente el libre-juego de las sustituciones. Uno podría decir -utilizando rigurosamente aquella palabra cuya escandalosa significación siempre se oblitera en francés- que este movimiento del libre-juego, permitido por la suerte, la ausencia de un centro u origen, es el movimiento de suplementariedad. Uno no puede determinar el centro, el signo que lo suplementa, que toma su lugar en su ausencia -porque este signo se añade, se suma, por encima y arriba, viene como un suplemento. El movimiento de significación añade algo, que termina con el hecho de que siempre hay más, pero esta adición es flotante porque viene a realizar una función delegada, a suplir una falta por parte del significado” (282).

[Nótese que en el párrafo citado encuentra base una de las características de la práctica interpretativa que se asocia a la deconstrucción: no hay un significado *firme*, desde el momento en que el movimiento de significación es “sustitución” y “adición”, *suplementariedad*, en un libre juego de sustituciones infinitas, en las que lo que se da es una cadena de significantes.]

Sigue comentando la obra de Lévi-Strauss, y termina con unas observaciones sobre la interpretación, que explican muy bien la actitud de la deconstrucción, y lo que de nuevo y radical hay en sus planteamientos:

“Hay así dos interpretaciones de la interpretación, de la estructura, del signo, del libre-juego. Una trata de descifrar, sueña con descifrar, una verdad o un origen que es libre, respecto al libre-juego y al orden del signo, y vive como un exilado la necesidad de la interpretación. La otra, que ya no se dirige hacia el origen, afirma el libre-juego y trata de ir más allá del hombre y del humanismo, siendo el nombre del hombre el nombre de aquel ser que, a lo largo de la historia de la metafísica y de la metaontología (en otras palabras, a lo largo de la historia de toda su historia), ha soñado con la presencia completa, el fundamento reasegurador, el origen y el fin del juego” (286; aunque, a la vista del original francés se hace alguna pequeña corrección, sobre todo en la puntuación.)

Pero, al final, en un juego típico de la actitud filosófica que trata de no caer prisionera de la metafísica, no tiene más remedio que no aceptar la necesidad de plantear la cuestión de elegir entre ellas, y proponer una tarea de pensar la *différance* de esta diferencia irreductible.

Son muchos los elementos de este trabajo, característicos de la deconstrucción, que se irán aclarando e ilustrando con algo de lo que vayamos comentando. Con todo, en el diálogo que siguió a la exposición de J. Derrida, éste hace una precisión, en su respuesta a Lucien Goldmann, sobre lo que entiende por *deconstrucción*, que es oportuno recordar:

*“En todas partes he utilizado la palabra **déconstruction**, que no tiene nada que ver con la destrucción. Quiero decir: es simplemente una cuestión de (y esta es una necesidad de la crítica en el sentido clásico de la palabra) estar alerta a las implicaciones, a la sedimentación histórica del lenguaje que utilizamos; y eso no es la destrucción. Creo en la necesidad de un trabajo científico en el sentido clásico, creo en la necesidad de todo lo que se está haciendo, incluso de lo que usted está haciendo, pero no veo por qué yo tendría que renunciar a la radicalidad de una obra crítica, bajo el pretexto de que pone en peligro la esterilización de la ciencia, de la humanidad, el progreso, el origen del significado, etc. Creo que el riesgo de la esterilidad y la esterilización siempre han sido el premio a la lucidez” (292).*

Simplificando quizá, podría decirse que la deconstrucción es una crítica radical de las adherencias metafísicas que la historia ha dejado en nuestra forma de emplear el lenguaje para pensar. Evidentemente, hay que partir de una actitud de sospecha que lleva a descubrir las paradojas expresivas del lenguaje, como manifestación de las contradicciones intrínsecas a todo sistema. El análisis minucioso y la actitud crítica (sospechosa) justificarían la consideración de la deconstrucción como una hermenéutica inmanente. En esta línea está la relación que frecuentemente se ha establecido entre la deconstrucción literaria y la lectura atenta (*close reading*) de los New Critics estadounidenses, hasta lle-

gar a considerar que se está frente a la última gran manifestación del formalismo del siglo XX. Pero el mismo Derrida ofrece continuos ejemplos de análisis lingüístico-interpretativos extremadamente minuciosos de toda clase de textos (literarios o filosóficos) que justificarían la mencionada relación.

4. Algunos conceptos

Ante la imposibilidad de una discusión de la riqueza de conceptos desplegada por Derrida en su abundantísima producción, pensamos útil al menos la mención de algunos de los más destacados.

No resulta fácil, ni aceptable desde un punto de vista deconstructivista, la selección de unos conceptos que pudieran representar la rica actividad crítica llevada a cabo. Máxime, si uno piensa que el mismo Derrida está lejos de identificar su actividad con el lema *deconstrucción*. Léase lo que dice a propósito de la misma: “*Para mí era una palabra en una cadena con muchas otras palabras como: huella, **différance**, y además en todo un trabajo que no se limita simplemente a un léxico, si se quiere. Ocurre -y ello merece ser analizado- que esta palabra que sólo he escrito una o dos veces, ni siquiera me acuerdo muy bien dónde, ha saltado de pronto fuera del texto y otros se han apoderado de ella y le han otorgado la importancia que ya saben ustedes y respecto a la cual yo he tenido que justificarme, explicarme, bandearme; pero esta palabra, por las connotaciones técnicas y, cómo decir, negativas que podía tener en ciertos contextos, por sí misma me molestaba*” (en C. de Peretti, 1989: 166). Sirva el comentario de Derrida como advertencia acerca de la arbitrariedad de la siguiente lista, y sobre la imposibilidad de reducir la deconstrucción a los términos que se van a comentar.

a) Logocentrismo

La idea de que el habla es primera respecto de la escritura, como piensa, por ejemplo, Saussure, pero también Platón, y tantos otros en nuestra cultura, o que está más cerca del significado, es un ejemplo de logocentrismo. En su sentido general muestra la **metafísica de la presencia** en la forma de pensar de nuestra tradición. Todo significante, y en primer lugar el significante escrito, sería derivado. Este es el logocentrismo, que es también un *fonocentrismo*:

“[...] *proximidad absoluta de la voz y del ser, de la voz y del sentido del ser, de la voz y de la identidad del sentido*” (Derrida, 1967a: 18, de la traducción).

Cristina de Peretti, en su claro y muy útil libro sobre Jacques Derrida, caracteriza así el logocentrismo:

“*El privilegio de la presencia como conciencia que se establece por medio de la voz (relación necesaria e inmediata que la tradición occidental pretende establecer entre el pensamiento -logos- y la voz -foné-) y en detrimento de la escritura, la ilusión de transparencia absoluta del significado trascendental (sentido previo y absolutizado, complemento de la presencia, de la interioridad) que se esconde detrás de todos los juicios, metas y aspiraciones de la metafísica: estos mitos que funcionan, en el pensamiento occidental, con toda la fuerza fanática y ciega de los engaños es lo que Derrida denomina el **logofonocentrismo** del discurso de Occidente*” (Peretti, 1989: 31-32).

Véase también el preciso artículo de V. Cunningham (1993). Traducimos la siguiente caracterización general del logocentrismo: “*Se refiere a la postura de que palabras, escritos, ideas, sistemas de pensamiento son fijados y sostenidos por alguna autoridad externa a ellos cuyo significado, validez y verdad llevan*”.

b) Différance

La **différance**, concepto presente desde los primeros libros de Derrida (en *De la grammatologie* o en *La voix et le phénomène*, por ejemplo), teoriza lo que es la constitución de un sistema como el lingüístico basado en la diferencia, según explicaba Saussure, y de esta manera llega a representar el modo por excelencia de lo contrario a una metafísica de la presencia. El significado es **diferente** y también continuamente retardado, **diferido** en una infinita posposición.

Copiamos la traducción que hace Cristina de Peretti (1989: 76) de un fragmento de la famosa conferencia de Derrida (1968) en que se trata de caracterizar la *différance*:

“La différence es lo que hace que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado “presente”, que aparece en la escena de la presencia, (se) remite a otra cosa que a sí mismo, al tiempo que conserva la marca del elemento pasado y se deja ya señalar por la marca de su relación con el elemento futuro, dado que la huella no se refiere menos a lo que se llama el futuro que a lo que se llama el pasado y constituye lo que se llama el presente por esta relación misma con lo que no es él: con lo que no es él en absoluto, es decir, con lo que no es ni un pasado ni un futuro como presentes modificados”.

En teoría literaria, la idea de *différance* ha proporcionado una base a las propuestas de interpretación infinita, de interpretaciones no sometidas a la presencia de una autoridad; su relación con la escritura y la *diseminación* así lo ilustra, como comenta Cristina de Peretti (1989: 78):

“La total y absoluta independencia semiótica de la escritura (los signos escritos existen y actúan con independencia de los agentes individuales o colectivos -autor / lector; emisor / receptor- pero también de una intención significativa concreta -significado o referente- dado que pueden repetirse en otros contextos) funciona asimismo para el habla, pues si los signos hablados son físicamente dependientes del emisor, sólo funcionan como significaciones en tanto que son signos escritos, esto es, con absoluta independencia semiótica. La posibilidad de iterabilidad del signo produce, a su vez, su perpetua alteración. De ahí que todo signo sea polisémico. Esta polisemia universal, dictada por la différence, es lo que Derrida denomina diseminación”.

Es un concepto clave en la deconstrucción, pues si *différance* (en los dos sentidos que la palabra escrita con *a* en francés quiere destacar) es lo contrario de la *presencia*, está claro su papel de protagonista en una tarea que como la deconstructiva está empeñada en la crítica de la metafísica de la presencia.

c) Escritura

Acabamos de ver cómo la escritura, manifestación que mejor ejemplifica la *différance*, es el modelo de funcionamiento también del habla, y de ella trata la *grammatolo-*

gía. La **escritura**, o *archi-escritura*, abarca el campo general de los signos, según explica Cristina de Peretti (1989: 81), a quien seguimos en este momento. Lo que destaca esta consideración de la escritura como condición de la comunicación es la exterioridad o *distancia* intrínseca a todo lenguaje. **El lenguaje es escritura porque comparte los rasgos que tradicionalmente se atribuyen a la misma**. Estos rasgos, según explica J. Derrida -en el pasaje del trabajo *Firma, acontecimiento, contexto*, incluido en *Márgenes de la filosofía*, que traduce Cristina de Peretti (1989: 82-83)-, son:

- un signo escrito es una **marca que permanece** y que “*puede dar lugar a una iteración en ausencia y más allá de la presencia del sujeto empíricamente determinado que la ha emitido o producido en un contexto dado*”;
- un signo escrito, en su misma estructura, “*comporta una fuerza de ruptura con el contexto, es decir, con el conjunto de las presencias que organizan el momento de su inscripción*”;
- un signo escrito tiene en su constitución un **espaciamiento**, “*que lo separa de los otros elementos de la cadena contextual interna [...], también de todas las formas de referente presente*”; este espaciamiento es el que posibilita la ruptura con el contexto.

La importancia de estas características del signo escrito va **más allá incluso del lenguaje**, pues se encuentran “*en la totalidad de la ‘experiencia’*”, como explica el mismo J. Derrida:

“¿Acaso no los [tres predicados antes enumerados] encontramos en todo el lenguaje, por ejemplo en el lenguaje hablado y, en última instancia, en la totalidad de la “experiencia” en tanto que no se separa de este campo de la marca, es decir, en la rejilla del borrarse y de la diferencia, de unidades de iterabilidad, de unidades separables de su contexto interno o externo y separables de sí mismas, en la medida en que la iterabilidad misma que constituye su identidad no les permite nunca ser una unidad de identidad a sí mismas?

Léase todo el apartado que lleva por título *Escritura y telecomunicación* -obsérvese el juego con la palabra *telecomunicación*, que destaca la distancia (y *différance*) inherente a toda comunicación- en el trabajo antes citado (en páginas 351-362 de la traducción española de *Márgenes de la filosofía*).

Nótese el énfasis antimetafísico de la negación de la **unidad de identidad a sí mismas**. En su comentario a este pasaje de Derrida, señala muy bien Cristina de Peretti (1989: 85-86) la amplitud del concepto de *escritura*, entendida como articulación de toda experiencia:

“Desde este punto de vista Derrida extiende la denominación de *escritura* a la totalidad del lenguaje-experiencia, a lo que también llama **texto general**, global, que carece de fronteras y en cuya interpretación el hombre está implicado continuamente. La escritura, la *archi-escritura* o el texto designan, de hecho, toda una época o cultura y, por ello, Derrida puede afirmar que “no hay nada fuera del texto”, de un texto que es asimismo la historia”.

Por la breve presentación que acabamos de hacer, se habrá observado: la imbricación de unos conceptos en otros, y la imposibilidad de aislar un núcleo originario del supuesto “sistema filosófico de la deconstrucción”. Es obvio que esto es imposible en una empresa que como la *deconstrucción* se propone analizar y hacer explícitas las contra-

dicciones del pensamiento que se basa en la metafísica de la identidad y la presencia. Recordemos que el mismo Derrida no quería reconocer el término “deconstrucción” como identificador de su quehacer.

Se habrá observado, igualmente, que hay otros conceptos que han aparecido en las explicaciones anteriores. Por ejemplo: *huella, diseminación, suplemento, libre-juego*, etc. Ni que decir tiene que la presentación del pensamiento derridiano podría haber partido igualmente de la concesión del protagonismo a estos términos. Es la forma de no conceder del privilegio de “central” a ninguno de ellos.

IV. LA DECONSTRUCCIÓN EN TEORÍA LITERARIA. LA “ESCUELA DE YALE”

Independientemente del eco que las ideas de Jacques Derrida tengan en otros críticos, el tiempo ha ido trabajando en el sentido de considerar como representación clásica de la deconstrucción en teoría literaria a la *Escuela de Yale*. Conocemos la importancia de algunos hechos históricos como el Simposio de 1966, el magisterio de Jacques Derrida en universidades estadounidenses, la amistad de Paul de Man, a quien conoce en 1966.

No puede extrañar que compañeros franceses de la vanguardia teórica de los 60, como Roland Barthes, compartan análisis y puntos de partida con Jacques Derrida. Por eso no es raro encontrar a alguien como H. Felperin (1985: 107) que no dude en incluir al último Barthes en la deconstrucción.

1. El “manifiesto” de 1979

A los hechos anteriores hay que añadir la publicación en 1979 de un volumen titulado *Deconstruction and criticism*. Además de reunirse allí trabajos de autores claramente identificados con la escuela de Yale -Harold Bloom, Paul de Man, Jacques Derrida, Geoffrey Hartman y J. Hillis Miller-, hay que señalar cierta voluntad de manifiesto, si no en un sentido clásico, sí en el de “manifestar” una serie de problemas compartidos, como dice al principio del prólogo Geoffrey Hartman. En dos grupos de cuestiones concreta seguidamente Hartman lo que se comparte: la situación de la misma crítica, y la importancia -o fuerza- de la literatura. Y cuando sigue comentando cómo se puede describir la fuerza de la literatura, hace una presentación de lo que es la teoría literaria deconstruccionista, que merece la pena traducir:

“Hay muchas maneras de describir la fuerza de la literatura. La prioridad del lenguaje sobre el sentido [meaning] es sólo una de ellas, pero desempeña un papel crucial en estos ensayos. Expresa lo que todos nosotros sentimos acerca del lenguaje figurado, su exceso sobre cualquier sentido atribuido, o, dicho de forma más general, la fuerza del significante ante el significado (el “sentido”) que trata de encerrar. La deconstrucción, como ha llegado a llamarse, rechaza identificar la fuerza de la literatura con cualquier concepto de sentido incorporado y muestra cuán profundamente tales perspectivas logocéntricas o encarnacionistas han influido en la forma en que pensamos acerca del arte. Aceptamos que, por el milagro del arte, la “presencia de la palabra” es equivalente a la presencia del sentido. Pero también se puede sostener lo contrario: que la palabra acarrea con ella cierta ausencia o inde-

terminación de sentido. El lenguaje literario pone en primer término al mismo lenguaje como algo irreductible al sentido: abre igual que cierra la disparidad entre símbolo e idea, entre signo escrito y sentido atribuido" (Varios Autores, 1979: VII-VIII).

No hay que entretenerse en explicar el eco del pensamiento de Derrida en afirmaciones como las que se acaban de leer.

2. Miembros del grupo

Aunque la lista de nombres incluidos en esta publicación es la que constituye la de los componentes clásicos de la deconstrucción literaria, hay que notar que no hay unanimidad respecto al grado de deconstruccionismo en la obra de cada uno de ellos. Así, en el prólogo de Hartman a que acabamos de referirnos, éste dice que Derrida, de Man y Miller son deconstruccionistas puros, mientras que Bloom y el mismo Hartman apenas lo son, e incluso llegan a escribir en contra en alguna ocasión (Varios Autores, 1979: IX). Así se explica, por ejemplo, el que Harold Bloom no esté representado con un trabajo en la colección de lecturas seleccionadas por Manuel Asensi (1990) sobre la deconstrucción, trabajo utilísimo para el público español.

Joseph Adamson (1993: 29) puede decir de G. Hartman que *"ha sido más un explicador de Derrida como un escritor imaginativo que un adherente a la deconstrucción"*, e insiste en que ni Hartman ni Bloom han sido, estrictamente hablando, deconstruccionistas. J. Douglas Kneale (1994: 188) no incluye tampoco a Harold Bloom entre los deconstruccionistas.

3. Relaciones problemáticas entre deconstrucción y teoría literaria

Antes de entrar en el breve comentario de unos pocos detalles del quehacer crítico de cada uno de los autores mencionados, conviene referirse a una cuestión en la que insiste Manuel Asensi (1990) en el estudio introductorio de su selección de lecturas: el carácter conflictivo, paradójico y liminar de la unión de deconstrucción y teoría literaria. Por una parte, no puede construirse un método o un sistema conceptual cerrado que identificaran a la deconstrucción. Por otra parte, la deconstrucción se opone a cada una de las corrientes críticas, sean temáticas, estilísticas o formalistas; así como a las estructuralistas -recordemos el famoso trabajo de Derrida que resumimos antes-, pues nunca analizará un texto como totalidad, y además piensa que el sentido es interminablemente alegórico. Piensa M. Asensi (1990: 74-75) que la deconstrucción desestabiliza la crítica literaria:

"El conflicto entre la deconstrucción y la teoría literaria surge, como hemos tenido ocasión de comprobar, por la desestabilización que aquélla provoca en el marco general de ésta. Esa desestabilización ha conducido a una utilización afirmativa y negativa de las diversas variantes de teoría y crítica literarias. En todos los casos, asistimos a un desplazamiento operado en los principales conceptos que la sustentan (tema, forma, metalenguaje, texto, contexto, coherencia, etc.) y a una reinscripción de esos mismos términos para llevar a cabo un tipo de práctica textual que conocemos como deconstrucción".

En definitiva, la *práctica textual deconstructiva* -pues no hay en realidad una *crítica literaria* deconstructiva- funciona como lo otro de la crítica literaria.

4. Paul de Man (1919-1983)

a) Obras

El belga Paul de Man emigra a Estados Unidos en 1948, enseña en la universidades de Cornell (1960-66), Johns Hopkins (1967-70) y Yale (1970-83), y su obra, sobre todo la de su última fase, está asociada a los mejores logros de la crítica deconstructiva.

De su época belga hay que destacar la polémica desatada después de su muerte por la publicación de unas colaboraciones periodísticas en las que se ha destacado una comprensión hacia el hitlerismo y cierto anti-semitismo. El libro que recoge estos artículos se titula *Wartime Journalism. 1939-1943* y apareció en 1988. Léase el amplio comentario de Derrida sobre esta cuestión, publicado en *Critical Inquiry*, y que se tradujo al español en el mismo volumen de *Memorias para Paul de Man*.

Hay que destacar, en la producción de Paul de Man, dos obras por su importancia para la teoría literaria: la recopilación de trabajos publicada en 1971 con el título de *Blindness and insight. Essays in the rhetoric of contemporary criticism*, de la que se publica una segunda edición ampliada en 1983 [*Visión y ceguera*, 1991]; y *Allegories of reading: figural language in Rousseau, Nietzsche, Rilke, and Proust*, 1979 [*Alegorías de la lectura*, 1990].

Si la primera de ellas denota ya la influencia de Derrida y es la cumbre de su etapa anterior a Yale, *Alegorías de la lectura* es considerada la obra donde se percibe un mayor impacto de las posturas derridianas y la cumbre de la etapa deconstructivista, que llega hasta el final de su vida.

En el trabajo sobre Paul de Man que Frank Lentricchia (1980: 265-294) titula *Paul de Man: la retórica de la autoridad*, señala que los primeros ensayos del que considera “padrino” del grupo de Yale -siguiendo la metáfora de William Pritchard cuando lo llama “la mafia hermenéutica”- están bajo el dominio de conceptos existencialistas, y es evidente la influencia de J. P. Sartre. Es una fase metafísica, que se abandona a finales de los 60 y principios de los 70 con la adhesión a los postulados derridianos. *Visión y ceguera*, pues, denota un clima teórico postestructuralista, pero la unidad de este clima “se ve repetidamente amenazada por la resaca metafísica de los tiempos existencialistas del autor” (1980: 278).

Cynthia Chase (1994: 196) habla de una primera fase, en que las categorías críticas son las de **conciencia, intencionalidad y temporalidad**; y otra posterior, donde las categorías son lingüísticas y retóricas: **símbolo, alegoría, ironía, metáfora, metonimia, prosopopeya, catacrexis, funciones constativas y performativas del lenguaje**.

b) La crítica deconstructivista de Paul de Man

La forma de abordar los textos que adopta Paul de Man en su etapa más formalista, la deconstructivista, está asociada a la retórica, mejor dicho, al funcionamiento de los tropos en el texto. Hasta el punto de que se puede identificar con una *lectura retórica*, pues deconstruye el texto mostrando las estructuras tropológicas que están detrás de sus supuestas intenciones; la literatura, así, se identifica con la retoricidad de un texto (Chase 1994: 194-195). Frecuentemente se centra en un tropo para analizar la *alegoría* del texto, que para De Man es “la conciencia que el texto tiene de sí mismo como un sistema de figuras” (Kneale, 1994: 189).

Esta retoricidad intrínseca al texto impide una lectura que quisiera parar el sentido del mismo, pues lo que produce es “*un efecto de desplazamiento continuo*”, ya que

“[...] *el tropo se desdobra sin cesar y por esa razón la lectura, que atiende siempre a uno de los pliegues posibles de la epífora, es una dinámica entre ‘visión’ y ‘ceguera’*” (Asensi, 1990: 54).

c) Visión y ceguera

Veamos más concretamente algo de lo que el mismo Paul de Man dice, para lo que damos unas notas sacadas del capítulo de *Visión y ceguera* traducido en M. Asensi (1990: 171-216).

La crítica, sostiene Paul de Man, es una metáfora del arte de leer y este arte es en sí inagotable. El crítico dice algo que la obra no dice, e incluso dice algo que él mismo no quiere decir. Todo texto, así, se deconstruye él mismo, como afirma Paul de Man cuando propone llamar **literario**

“[...] *a todo texto que implícita o explícitamente signifique sobre su propio modo retórico y prefigure su propia malinterpretación como correlato de su naturaleza retórica, de su ‘retoricidad’*” (210).

La **ceguera** es el correlato necesario de la naturaleza retórica del lenguaje literario; los textos literarios son ellos mismos críticos, pero ciegos, y la lectura de los críticos intenta deconstruir la ceguera (pág. 215). La aberraciones de lectura, por lo demás, son el fundamento de la historia literaria (pág. 216).

d) Alegorías de la lectura

Las notas siguientes se refieren al capítulo 1 de *Alegorías de la lectura*, que lleva el título de *Semiología y retórica*.

En típica actitud deconstructiva, dice Paul de Man que quiere superar la oposición dentro / fuera que está presente en la oposición de actitudes críticas inmanentes (formalistas) frente a las extrínsecas (referenciales). Partiendo de la semiología francesa y el uso que hace de la retórica y de la gramática, va a demostrar cómo se da una tensión entre ellas poniendo unos ejemplos textuales. Así, en la *pregunta retórica* el significado literal pregunta por el concepto cuya existencia es negada por el significado figurado:

“*La retórica suspende de manera radical la lógica y se abre a posibilidades vertiginosas de aberración referencial*” (1979: 23. Citamos siempre por el texto de la traducción.)

La potencialidad figurativa y retórica del lenguaje es igual a la literatura misma. Un ejemplo de lectura: el verso de Yeats, en su poema *Among School Children*, que dice “¿*Cómo distinguir la danzarina de la danza?*”, se interpreta como expresión de la unidad potencial entre forma y experiencia, entre creador y creación, para negar la discrepancia entre signo y referente. Pero puede leerse este verso en **sentido literal** como si preguntara: “¿*cómo podemos establecer las distinciones que nos protejan del error de identificar lo que no puede ser identificado?*” (1979: 25). La primera lectura puede ser deconstruida según los términos de la segunda, lo que le lleva a afirmar:

“Esta indicación debiera bastar para sugerir que es posible hacer que dependan de una sola línea de texto dos lecturas enteramente coherentes y enteramente incompatibles entre sí, dos lecturas cuya estructura gramatical está desprovista de ambigüedad, pero cuyo modo retórico transforma tanto el talante como el modo de todo el poema, poniéndolo del revés” (1979: 25).

Las dos lecturas se enfrentan, pero no se puede decir cuál debe prevalecer sobre la otra, ni la una puede existir sin la otra.

El tropo, la literatura, es la clave de la crítica de la metafísica que lleva a cabo Nietzsche. La crítica es la *“deconstrucción de la literatura, la reducción de las mistificaciones retóricas a los rigores de la gramática”*. Una de las observaciones que hace a modo de conclusión, después de analizar un pasaje de Proust, resume bien la teoría de Paul de Man:

“La lectura no es “nuestra” lectura, puesto que tan sólo emplea los elementos lingüísticos que suministra el mismo texto; la distinción entre autor y lector es una de las falsas distinciones que la lectura pone en evidencia. La deconstrucción no es algo que hemos añadido al texto, sino que es algo que está constituido en primer lugar en el texto. Un texto literario afirma y niega simultáneamente la autoridad de su propio modo retórico y, leyendo el texto tal como lo hemos leído, tan sólo tratábamos de aproximarnos a la condición de lector riguroso que el autor ha de asumir para escribir la frase en su primera instancia. La escritura poética es el modo más avanzado y refinado de deconstrucción; puede diferir de la escritura crítica o discursiva en cuanto a la economía de su articulación, pero no en cuanto a su especie” (1979: 31).

En el párrafo anterior pueden leerse afirmaciones que tienen que ver con muchas de las cuestiones que antes se han presentado como características del pensamiento de Man. En definitiva, la tesis más llamativa es la que sostiene un acercamiento immanente a un texto que se deconstruye a sí mismo. Derrida, comentando a De Man, lo dice claramente:

“Es otro modo de decir: hay ya siempre deconstrucción, en obra en las obras, especialmente en las obras literarias. La deconstrucción no se puede aplicar, post facto y desde el afuera, como un instrumento técnico de la modernidad. Los textos se deconstruyen a sí mismos por sí mismos, basta con recordarlo o con remitirlos a sí mismos” (1986: 128, de la traducción).

5. J. Hillis Miller (1928-)

J. Hillis Miller es uno de los miembros del grupo de Yale que sigue más apegado a los presupuestos de la deconstrucción literaria. Doctor por la universidad de Harvard (en 1952), ha enseñado en ésta y otras prestigiosas universidades (Johns Hopkins, Yale y California at Irvine).

Su teoría deconstruccionista se basa mucho en el concepto de *mise en abyme*, en el juego infinito del lenguaje -donde un signo se sustituye por otro sin fin-. Puesto que el texto se deconstruye a sí mismo desde el interior, no se puede hablar de un método aplicado exteriormente, sino más bien de una buena *lectura atenta (close reading)*. Todos los textos, literarios y críticos, pueden ser deconstruidos (Kneale, 1994: 188).

Su defensa de la deconstrucción como forma de lectura, incluso en tiempos en que parece que han pasado de moda los acercamientos formalistas a favor de una considera-

ción preferente a los aspectos extrínsecos, queda patente en las siguientes palabras, que traducimos del inglés:

“Desde que ‘leer’ en este sentido [en el de análisis retórico paciente y alerta] es indispensable a cualquier preocupación responsable por las relaciones de la literatura con lo que está fuera de ella, sería una catástrofe para el estudio de la literatura si las agudezas [insights] de la deconstrucción, junto con las del New Criticism y las de críticos como William Empson y Kenneth Burke, hubieran de ser olvidadas o relegadas a una etapa superada en un imaginario ‘desarrollo’ histórico, hasta el punto de no tener que ser tenidas en cuenta en el trabajo actual del estudio de la literatura hoy día. Yo iría tan lejos como hasta decir que, parafraseando a de Man, ‘la tarea de la crítica literaria en los años venideros’ va a ser la mediación entre el estudio retórico de la literatura -del que la ‘deconstrucción’ es con mucho el más riguroso de los últimos tiempos- y el ahora tan irresistiblemente atractivo estudio de las relaciones extrínsecas de la literatura” (1989: 104).

Un trabajo famosísimo de J. Hillis Miller es el que publica en el número 3 de la revista *Critical Inquiry* (Chicago), titulado *El crítico como anfitrión*, recogido en una versión más amplia en el “manifiesto” de 1979 (Varios Autores, 1979: 217-253). Resumimos la primera versión (Asensi, ed. 1990: 157-170). Partiendo de la oposición de la lectura deconstructiva como **parásita** (así la llama W. Booth) de una lectura supuestamente obvia y unívoca, hace una “deconstrucción” -basándose en la etimología y en el sentido de las palabras- de *parásito* y *anfitrión*. Este detallado análisis demuestra “la gran complejidad y equívoca riqueza del lenguaje aparentemente obvio o unívoco”, incluso el de la crítica, que es “continuación del lenguaje de la literatura”. Complejidad que se basa en el hecho de que

“[...] no hay expresión conceptual sin figura, y de que no hay entrelazamiento entre concepto y figura sin una historia, narración o mito implicados, en este caso la historia del extraño invitado en el hogar. La deconstrucción es una investigación de lo que implica esta inherencia de la figura, del concepto y de la narración presente en cada uno de ellos. La deconstrucción es, por tanto, una disciplina retórica” (164).

Tanto la lectura obvia como la deconstructiva son invitados parásitos; y la lectura obvia tiene siempre una deconstructiva en calidad de parásito encriptado, y al mismo tiempo la lectura deconstructiva no logra librarse de la logocéntrica a que quiere oponerse. El poema, ni anfitrión ni parásito, es comida que ambas necesitan; además “*el parásito está siempre presente dentro del anfitrión, el enemigo dentro de la casa*” (167). Tras otro ejemplo de deconstrucción de la palabra *regalo*, observa que el regalo siempre obliga a hacer otro regalo “*igual que un poema invita a una secuencia sin fin de comentarios que nunca logran aprehenderlo totalmente*” (168).

El poema es regalo ambiguo, comida, víctima, cosumido por críticos expertos e inexpertos, y también es parasitario de poemas anteriores, como estudia Harold Bloom. La ley del anfitrión y del enemigo se aplica lo mismo a textos críticos y a los textos de que tratan. Las palabras finales del tabajo resumen muy bien, en nuestra opinión, sus tesis:

“El poema, como todos los textos, es ‘ilegible’, si por ‘legible’ se entiende ‘abierto a una interpretación única, definitiva y unívoca’. De hecho, ni la lectura ‘obvia’ ni la ‘deconstructiva’ son unívocas. Cada una contiene, en sí misma y necesariamente, su enemigo, cada una es a la vez anfitrión y parásito.

La lectura deconstructiva contiene la obvia y viceversa. El nihilismo es una extraña presencia inalienable dentro de la metafísica occidental, a la vez en los poemas y en las críticas de los poemas” (170).

A la vista de las notas anteriores parece que J. Hillis Miller representaría una hermenéutica extremadamente textual, y más que hablar de *impasse* de la interpretación a propósito de su teoría, como hace A. Berman (1988: 229), habría que pensar en la interpretación infinita, no desconocida de los santos padres de la tradición cristiana cuando hablan de la Biblia (Domínguez Caparrós, 1993).

6. Geoffrey H. Hartman (1929-)

Nacido en Alemania, emigra de niño a Estados Unidos, se doctora en la Universidad de Yale. Es un reconocido especialista en el romanticismo, especialmente en William Wordsworth, sobre el que trata precisamanete su colaboración en el “manifiesto” deconstruccionista de 1979. Los textos bíblicos es otro de los campos de su quehacer científico, y ahí está, junto a la deconstrucción de los años 70, una de las fuentes de su interés por el comentario (Leboreiro, 1992: 13). Hartman no es un deconstruccionista dogmático; hay aspectos de la deconstrucción que le atraen especialmente, como son “*la más grande libertad interpretativa para el comentario y el comentarista, la legitimación de un estilo crítico creador, las nuevas técnicas para comprender el lenguaje literario y, sobre todo quizás, la necesidad de la misma teoría*” (Kneale, 1993: 354).

Le selección de textos traducidos por Xurxo Leboreiro Amaro, así como la introducción que el mismo traductor hace a Geoffrey H. Hartman, proporciona un material utilísimo para el conocimiento de este crítico. A esta antología pertenecen los textos con que ilustramos seguidamente algunas de las ideas más conocidas de Hartman.

La frontera borrosa entre texto original y comentario crítico, lo que lleva a preconizar una consideración de la crítica como creación, no es algo nuevo:

“Los rabinos y los Padres de la Iglesia, así como los últimos cabalistas, incluso cuando pensaban estar respetando el sentido literal de la Escritura, estaban produciendo interpretaciones llenas de inventiva, ajustes ingeniosos de la verdad recibida y autorizada bajo la presión de los acontecimientos cotidianos que no podían ser fácilmente reconciliados con la verdad. Se aferraron al texto: era parte de su sagrado matrimonio”.

Obras de crítica moderna, como las de Derrida (en *Glas*) o Roland Barthes (en *S/Z*), tienen una afinidad con esta tradición exegética antigua, según Hartman, porque funden “*la fuerza expresiva del comentario interpretativo con la fuerza inspiradora y en algunas ocasiones desorganizadora de la obra de arte que es objeto de comentario*” (1992: 250).

La deconstrucción, que para Hartman es un método de lectura atenta (1992: 256), está perfectamente descrita en el siguiente fragmento:

[...] lo que los deconstruccionistas hacen es leer tan atentamente que un texto se abre de nuevo y revela tanto las energías terribles o alegres del lenguaje como los trucos que lo clausuran. Estos trucos pueden ser internos, las defensas propias del artista, o externos, la asimilación prematura de un libro por el comentario normativo” (1992: 262).

Ironía y distancia; residuos materiales y metafóricos; resonancias complejas, hiatos y equívocos del significado, son otras tantas maneras de cuestionar la “*vida monológica de un texto*” (1992: 262).

7. Harold Bloom (1930-)

Nacido en Nueva York, se forma en las universidades de Cornell y Yale, donde se doctoró en 1955. Desde ese año enseñó en Yale, y después en New York University.

En el quehacer de H. Bloom distingue Donald E. Pease (1994) dos etapas, según quién sea el objetivo de su oposición: entre 1954 y 1967, se opone a T. S. Eliot y los New Critics, apoyándose en N. Frye; después, a Derrida y la deconstrucción.

Especialista en poesía romántica, se interesa por la tradición viva de la imaginación visionaria, que desarrolla en su libro de 1961 -que conoce una segunda edición revisada en 1971- *The visionary company* (traducido al español en 1974). Sus contactos con el psicoanálisis le inspiran su **teoría sobre la influencia**, que desarrolla en cuatro libros: *The anxiety of influence* (1973), *A map of misreading* (1975), *Kabbalah and criticism* (1975) y *Poetry and repression* (1976).

Frank Lentricchia (1980: 297-320) subtítulo su trabajo sobre Bloom con la frase *Un ánimo de venganza*, pues nunca ha dejado de criticar a sus antecesores, los New Critics. Así su obra se convierte en un ejemplo de influencia: por sus ataques y por su dependencia de N. Frye para la consideración de las dimensiones arquetípicas y míticas. Si en el caso de los New Critics se trata de un **enfrentamiento paterno**, en el de los nuevos críticos franceses, los estructuralistas y los postestructuralistas se asiste a un **enfrentamiento fraterno**. Pero, observa Lentricchia (1980: 302) “*sigue cautivo de la postura a que se enfrenta, perfecta ilustración viviente de su propia teoría*”. Lentricchia, que se centra fundamentalmente en el análisis de la tetralogía sobre la influencia, mientras destaca la **reintegración de la poesía a la historia** que lleva a cabo Bloom, y las posibilidades de su teoría de la influencia en una nueva historia literaria, señala la **debilidad de su teoría de la interpretación** -“*elaborar un poema crítico que entre en competencia con el texto supuestamente considerado*” (1980: 319)-, para terminar diciendo que representa lo más valioso y lo más retrógrado y antiintelectual: el deseo de ser un teórico original (1980: 320). Claro que antes pueden leerse referencias al “*borrascoso tono general*” (pág. 314) de la tetralogía, al “*énfasis retórico y tonal de su escritura*”, llegando a calificarlo de “*el más espantable y solitario titán de la crítica contemporánea*”.

La obra de H. Bloom que interesa en relación con la deconstrucción es fundamentalmente su tetralogía sobre la influencia. Lentricchia (1980: 311-312) observa que, a pesar de los ataques a Derrida, da la impresión de que **Bloom quiere unírsele**, precisamente por su teoría de la interpretación crítica como mala lectura, tema que apunta *The anxiety of influence*, cobra importancia en *A map of misreading* y predomina ya en *Kabbalah and criticism*.

No debe extrañar entonces que la aportación de H. Bloom al “manifiesto” de 1979 sea precisamente una presentación general de su labor crítica centrada en esta teoría. De *The breaking of form* sacamos la siguientes notas. Dice Bloom que él hace “teoría de la poesía” -su objeto es “*el concepto de la naturaleza y función del poeta y la poesía*” (1979: 2), y no la técnica de la composición poética-. Central en esta teoría considera la cuestión de “*las fuentes de los poderes de la poesía*”, que están en los poderes **de otros poemas ya escritos**, o mejor, **ya leídos**. Un mito próximo al del poeta sobre sus orígenes es el **romance de familia**, en el sentido de Freud, es decir, “*la interpretación fantástica de sus padres que*

hace el niño". El poeta se ve como un **niño cambiado**, lo que le da una enorme libertad, libertad en el poema, libertad de sentido, que se manifiesta especialmente cuando se ejerce contra la tradición y contra el lenguaje. En cuanto al *lenguaje poético*, cabe adoptar una *teoría mágica* (como hacen los cabalistas, y muchos poetas), o el *nihilismo lingüístico* de la deconstrucción. Cualquiera de las dos posturas son aceptables, pero no un compromiso entre ellas, pues lo imprescindible es la lucha, el *agon*. Un buen poeta siempre es combativo. El sentido se arranca en un **combate de sentido contra sentido**; combate que es un *encuentro de lectura*. El arte de la guerra poética es conducido por una clase de *lectura fuerte* que se llama *mala lectura* (*misreading*). Las ficciones y los poemas se definen como obras que tienen que ser *mal leídas*, es decir "*troped by the reader*" (**tropeadas / figuradas** por los lectores). Pues la lectura, en contra del mito de su inocencia, es desidealizada en propuestas como las de la *gnosis* y la *cábala*, que ofrecen "*modelos drásticos de lectura creativa y escritura crítica*". Todo acto de interpretación, como la exégesis gnóstica de la Escritura, es un acto de "*violencia textual*"; la *cábala* ilustra muy bien esa violencia interpretativa. Sigue Bloom diciendo que **no hay textos sino interpretaciones**, como ya han dicho otros antes -entre ellos el rabino provenzal del siglo XIII, Isaac el Ciego-. El poeta es un lector, y un poema sólo se conoce en una lectura, propia o de otro.

En una afirmación, frecuentemente recordada, de la introducción a su *A map of misreading*, dice Bloom: "*Influencia, como yo la entiendo, significa que no hay textos, sino sólo relaciones entre textos*" (1975a: 11, de la traducción italiana).

Las palabras se refieren sólo a otras palabras, en un juego retórico continuo. Para Nietzsche cada palabra es un *clinamen* (mala interpretación), y por tanto:

"Lo único que siempre hay es sesgo, inclinación, prejuicio, desvío; lo único de siempre es la lucha verbal por la libertad, y la lucha es continuada no con decir la verdad, sino con palabras que mienten contra el tiempo" (9).

La libertad y la mentira llevan a la **evasión**, en poesía, de la necesidad de morir. El estudio de la poesía también es una evasión, que lingüísticamente constituye el *tropo*. El *tropo* es concebido, en sentido muy amplio, como *ratios revisionistas* (*revisionary ratio*), que, en número de seis, son explicadas en *The anxiety of influence*.

Todo crítico emplea tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque, ironía,...) en la lectura de un poema. Después de la referencia a **dos escuelas antiguas de interpretación** (la de **Alejandro**, inspirada en Aristóteles, se funda en la analogía y cree en un sentido fijo, como los *New Critics*; frente a la de **Pérgamo**, inspirada en los estoicos, se funda en la anomalía, y emplea la alegoría en su interpretación, como hacen los deconstructivistas) afirma que la producción de sentido por la ruptura de la forma se explica a partir de tropos de raíz psicológica. El *ego* del psicoanálisis es el *sí mismo* (*self*) poético, que se defiende frente al *ello* (el **precursor**). En la misma onda psicológica, hay que decir que la auténtica alusión de un poema a otro anterior sólo se hace por **lo que no dice**, lo que reprime. Relaciona, así, el tropo con el concepto freudiano de *defensa*, después de haber explicado que todo conocimiento poético es necesariamente conocimiento por tropos, experiencia de emoción por tropos y expresión por los tropos que llevan a cabo la revisión. Es difícil leer un poema en sentido "propio". El resto del trabajo es un comentario de un poema de John Ashbery, a partir de estas propuestas.

La presentación resumida que hace H. Bloom de su crítica, en el trabajo que acabamos de reseñar, da cuenta de los temas principales de su teoría por la época de la hegemonía crítica de la escuela de Yale. Sólo vamos a enumerar las seis *ratios revisionistas*, tal y como las presenta en *The anxiety of influence*, y llamar la atención sobre el capítu-

lo intermedio de este mismo libro, titulado *Un manifiesto por la crítica antitética*, que ilustra de forma precisa sobre su teoría literaria de las influencias. Las seis ratios, cuyos términos están tomados del lugar que se indica entre paréntesis, son:

- *clinamen* (Lucrecio): mala lectura o comprensión poética;
- *tessera* (cultos de misterios antiguos): completar y antítesis;
- *kenosis* (San Pablo): repetición y discontinuidad;
- *daemonization* (neoplatonismo): contra-sublime;
- *askesis* (presocráticos): purgación y solipsismo;
- *apophrades* (regreso de la muerte a los atenienses): retorno de los muertos.

Véase la clara explicación de cada uno de estos conceptos que lleva a cabo Cristina Álvarez de Morales (1996) en su útil introducción a la teoría poética de Harold Bloom.

En el capítulo sobre la crítica antitética, afirma Bloom que **la crítica es antitética** por cuanto que consiste en una serie de “*desvíos bruscos a imitación de actos únicos de malentendidos creadores*”; es decir, lo mismo que hace la imaginación del poeta: malinterpretar a los anteriores poetas leídos (1973: 109, de la traducción). Es imposible una crítica directa, por decirlo así; es necesario conocer, en la poesía, su **romance familiar** (sus discípulos, críticos o poetas). La historia de la poesía es la historia de cómo los poetas, en su calidad de poetas, han sufrido a otros poetas. Por eso, la última frase de este manifiesto dice que “*la crítica es el arte de conocer los caminos secretos que van de poema a poema*” (1973: 112). Lo que Bloom escribe como resumen es una síntesis perfecta de sus tesis:

“Resumen: Todo poema es la interpretación errónea de un poema padre. Un poema no equivale a la superación de la angustia, sino que es esa angustia. Las malas interpretaciones de los poetas o poemas son más drásticas que las malas interpretaciones de los críticos o críticas; pero se trata solamente de una diferencia de grado y no de especie. No hay interpretaciones, sino solamente malas interpretaciones, y, por lo tanto, toda crítica es poesía en prosa” (1973: 110-111).

Quede en estas notas la presentación breve de las tesis más conocidas de Bloom en la época en que se relaciona con la escuela de Yale. Representa una teoría de la intertextualidad y de la historia literaria. Los trabajos posteriores de Bloom parecen prescindir de la dosis de relativismo implícito en su idea de la crítica, para buscar un canon indiscutible de “autoridades de nuestra cultura”, que concreta en veintiséis escritores y al que se entra por *fuerza estética* (dominio del lenguaje metafórico, originalidad, poder cognitivo, sabiduría y exuberancia en la dicción (1994: 11, 39). Aunque sus ideas de la influencia no estén ni mucho menos negadas, sí llama la atención la defensa feroz del individualismo frente a todas las corrientes postestructuralistas:

“La originalidad se convierte en el equivalente literario de términos como empresa individual, confianza en uno mismo y competencia, que no alegran los corazones de feministas, afrocentristas, marxistas, neohistoricistas inspirados por Foucault o deconstructivistas; de todos aquellos, en suma, que he descrito como miembros de la Escuela del Resentimiento” (1994: 30).

Al leer este párrafo no hay que insistir en las cualidades que F. Lentricchia atribuía al estilo de H. Bloom, según comentamos al principio.

V. VALORACIONES DE LA DECONSTRUCCIÓN

Pocas corrientes críticas del siglo XX habrán despertado más polémica que la deconstrucción, incluso con repercusiones públicas. De lo que debieron de ser las resistencias y luchas internas en las universidades americanas, y en general en las universidades del mundo anglosajón, a todo lo que tuviera que ver con la "deconstrucción", nos da idea la polémica desatada en la Universidad de Cambridge con motivo de la concesión del doctorado *honoris causa* a Jacques Derrida, en 1992.

Finalmente, en una votación del 16 de mayo de 1992, Derrida gana por 336 votos contra 204. Pero de la polémica se hacen eco periódicos de gran prestigio (*Times*, *Newsweek* o *Le Monde*); las acusaciones contra Derrida son las de charlatanismo, de ininteligible y de nefasto. (Véase *Le Monde des Livres*, 5-VI-92.)

En general, las presencia de la deconstrucción en las discusiones y publicaciones teóricas de los años 80 y 90 son abundantísimas, sobre todo en el mundo cultural de habla inglesa. El tono de la resistencia que despierta en quienes no participan de sus teorías nos lo pueden dar algunos ejemplos de personalidades de prestigio.

René Wellek (1982: 102), gran defensor de las posiciones del New Criticism, afirma:

"El New Criticism se ha convertido en víctima del ataque general contra la literatura y el arte, de la "deconstrucción" de los textos literarios, de la nueva anarquía que permite una total libertad de interpretación, y también de un autoconfesado "nihilismo"."

En el mismo número de la revista *Critical Inquiry* (3, 1977) en que aparece el famoso artículo de J. Hillis Miller, *El crítico como anfitrión*, y precediendo inmediatamente a este trabajo, se publica un artículo del muy conocido historiador de la literatura, M. H. Abrams, con el expresivo título de *The Deconstructive Angel*. Allí se leerá un detallado análisis de sus diferencias respecto a las teorías de J. Hillis Miller, que Abrams resume para discutir las. El punto crucial del desacuerdo con Miller está, dice Abrams, en que no se conforme con la afirmación de "que alguna vez, o siempre, yo estoy equivocado en mi interpretación, sino en que yo -como otros historiadores tradicionales- nunca puedo acertar en mi interpretación" (1977: 427). Está claro que esto es muy difícil de aceptar por parte de un historiador.

El tema de la deconstrucción no deja de preocupar a M. H. Abrams en los años siguientes, como muestran los trabajos recogidos en la sección cuarta de su recopilación de 1989 (*Doing things with texts: theories of newreading*), entre los que el titulado *Construing and deconstruing* (1989: 297-332) -conferencia de 1983, publicada en 1986- constituye su análisis más sistemático de la deconstrucción y su uso en la crítica. Otro ejemplo de crítica del movimiento deconstructivista procedente del ambiente norteamericano es la de John M. Ellis (1988). Resume Ellis la deconstrucción en los siguientes puntos: el discurso deconstructivista mina el estatuto referencial del lenguaje que va a ser deconstruido; se cuestiona las ideas sobre el signo, el lenguaje, el texto, el contexto, el autor, el lector, la interpretación y la crítica; revisa completamente el pensamiento tradicional; no hay objetividad fuera de uno mismo; "deconstruir" un discurso es mostrar cómo mina la filosofía que afirma; el texto rehúye cualquier lectura como privilegiada; la deconstrucción es lo contrario de cualquier forma tradicional de crítica. J. M. Ellis hace una valoración negativa, después de razonar las contradicciones y debilidades del movimiento deconstructivista.

En los escritos de un autor muy difundido últimamente entre nosotros, donde se le ha concedido un premio Príncipe de Asturias, George Steiner, no es raro encontrar desa-

cuerdos fundamentales con la deconstrucción. Así, en *Presencias reales*, en el contexto de su defensa de una interpretación vivida, una ética de la recepción como encuentro cortés con la inmanencia del arte o una defensa de la crítica como auténtica creación, frente a un excesivo prestigio del cientificismo en las humanidades, o el triunfo de lo secundario (el comentario del comentario cada vez más alejado del texto primario), la deconstrucción es juzgada en términos muy apasionados:

“Quiero referirme aquí, de una vez por todas, a la jerga con frecuencia repulsiva, al oscurantismo artificial y a las engañosas pretensiones de tecnicismo que hacen ilegible la mayor parte de la teoría y de la práctica postestructuralista y deconstructiva, en particular entre sus epígonos académicos” (1989: 145)

Estas palabras están al final del capítulo que precede al que resume los postulados de la deconstrucción (1989: 145-158) y al que recoge la crítica de la deconstrucción (1989: 158-166).

Por no alargar la relación, nos vamos a referir, en último lugar, a la opinión de un teórico de la literatura tan significativo en la historia de la crítica como es Tzvetan Todorov. En la parte de su libro *L'homme dépaycé* (1996) que habla de los Estados Unidos, hay un capítulo dedicado a la crítica literaria, y una sección del mismo consagrada al postestructuralismo, que fundamentalmente trata de la deconstrucción. Si la crítica americana hasta el año 1968 trataba de responder a la pregunta de “¿qué significa un texto?”, la crítica postestructuralista americana, según Todorov, hace que esta pregunta carezca de interés porque cada una de las dos corrientes en que puede dividirse esta época de la crítica (*deconstrucción* y *pragmatismo*) la vacía de contenido con sus respuestas: el texto no significa *nada* (deconstrucción) o el texto significa *cualquier cosa* (pragmatismo). La *deconstrucción*, según Todorov, puede caracterizarse por tres tesis correlativas: 1) No se puede acceder al mundo, sólo existe el discurso, que envía a otros discursos. 2) El discurso es incoherente, como demuestra el trabajo del deconstruccionista cuando demuestra que el texto se contradice en su interior, que sus intenciones no tienen que ver con su realidad. 3) No hay una razón para preferir un discurso a otro, ni para elegir un valor frente a otro. Reducida a estas tres tesis, empieza el comentario de Todorov en el sentido, por ejemplo, de que llama la atención el *dogmatismo* de la tesis de la incoherencia de los textos; lo forzado de la tesis de la inaccesibilidad del mundo; el asimilar todos los valores a valores religiosos o al “poder”, con lo que no se diferencia entre fe y razón, y se justifica un refugiarse, sin mala conciencia, en una aceptación del orden existente.

Todorov adopta la calificación de “escepticismo dogmático” para la deconstrucción, con los inconvenientes de los dos excesos. Es un escepticismo, pero al mismo tiempo un dogmatismo, pues decide por adelantado qué es lo que dice un texto: “nada”. Poniendo en paralelo la afirmación de Hillis Miller (por cualquier camino el lector siempre llega a una contradicción flagrante) con la de San Agustín (cualquier camino seguido por el intérprete es bueno si llega al reino de la caridad, el dogma cristiano), concluye Todorov:

“Este aspecto dogmático explica sin duda el extraordinario éxito de la deconstrucción en la institución universitaria: basta con aplicar la receta a una materia nueva y se obtiene una exégesis “original” (1996: 190).

Llama la atención que lo que empezó como una crítica de las certezas metafísicas acabe en las certezas menos prestigiosas de un dogma.

De todas maneras, la cantidad e importancia de los comentarios que suscita dan una idea de la magnitud del fenómeno. Y en cualquier caso, parece que siempre será un modelo la sutileza y libertad con que se desentraña el poder significativo de un texto, por no limitarse más que a lo que el texto, sin ninguna censura previa, puede decir. M. Asensi (2000) destaca cómo el textualismo de la deconstrucción, su defensa del acto de lectura, es uno de los rasgos que la distingue de otras corrientes del post-estructuralismo -o *heterismo*, como prefiere llamarlo-. Y aquí volvemos a encontrar otro rasgo llamativo: quizá lo que aporta la deconstrucción sea lo que más la une a la manera formalista de leer los textos en el New Criticism. Otra vez lo nuevo acaba en viejo.

En España la deconstrucción en teoría literaria no ha tenido ni tiene el protagonismo y la vigencia que en los países de habla inglesa. Con todo, no faltan quienes analizan sus aspectos teóricos (Asensi, Nicolás, Pozuelo, Lynch) o la incluyen en su práctica textual (Asensi, Blesa).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABRAMS, M. H.: 1977 "The Deconstructive Angel", *Critical Inquiry*, 3, 425-438; también en 1989: 237-252.
- 1989 *Doing things with texts. Essays in criticism and critical theory*, edited and with a Foreword by Michael Fisher, New York, London, Norton, 1991.
- ADAMSON, Joseph: 1993 "Deconstruction", "*Différance / différence*" en Makaryk, Irena R. (ed.), 1993: 25-31, 534-535.
- AGUIAR E SILVA, V. M. de: 1986 "Para uma leitura deconstrutivista da poesia de Rosalía de Castro", en *Actas del Congreso Internacional de estudios sobre Rosalía de Castro e o seu tempo*, Santiago de Compostela, Universidad, II, 183-191.
- ÁLVAREZ DE MORALES MERCADO, Cristina: 1996 *Aproximación a la teoría poética de Harold Bloom*, Granada, Universidad.
- ASENSI, Manuel: 1987 *Teoría de la lectura. Para una crítica paradójica*, Madrid, Hiperión.
- (ed.) 1990 *Teoría literaria y deconstrucción*, estudio introductorio, selección y bibliografía de Manuel Asensi, Madrid, Arco Libros.
- 1991 "Retórica y deconstrucción: Textos y parásitos en J. Hillis Miller", en Varios Autores, *Retórica y poética*, Cádiz, Seminario de Teoría de la literatura, 75-86.
- 1996 *Literatura y filosofía*, Madrid, Síntesis, reimposición.
- 1999 "Retórica y poesía contemporánea (Bousoño lector de Lorca)", *Prosopopeya*, 1, 155-196.
- 2000 "Sobre una de las consecuencias del heterismo en la teoría literaria", *Prosopopeya*, 2, 141-159.
- ATKINS, G. Douglas: 1994 "Hartman, Geoffrey H.", en Groden, M. y Kreiswirth, M. (eds.) 1994: 365-367.
- BENNINGTON, Geoffrey; DERRIDA, Jacques: 1991 *Jacques Derrida*, trad. de M.^a Luisa Rodríguez Tapia, prólogo de Manuel Garrido, Madrid, Cátedra, 1994.
- BERMAN, Art: 1988 *From the new criticism to deconstruction. The reception of structuralism and post-structuralism*, Urbana, U. of Illinois Press.
- BLESA, Túa: 1998 *Logofagias. Los trazos del silencio*, Zaragoza, Anexos de Tropelías.
- 2000 "Textimoniar", *Prosopopeya*, 2, 75-91.
- BLOOM, Harold: 1973 *The anxiety of influence. A theory of poetry*, New York, Oxford U. P. [*La angustia de las influencias*, trad. de Francisco Rivera, Caracas, Monte Ávila (1977), 1991, 2.^a ed.]
- 1974 *Los poetas visionarios del romanticismo inglés*, trad. de M. Antolín, Barcelona, Barral.
- 1975a *A map of misreading*, New York, Oxford U. P. [*Una mappa della dislettura*, trad. di Alessandro Atti e Filippo Rosati, Milano, Spirali Edizioni, 1988.]

- 1975b *Kabbalah and criticism*, New York, Seabury Press. [*La Cábala y la crítica*, trad. anónima, Caracas, Monte Ávila, (1979) 1992, 2.ª ed.]
- 1979 “The breaking of form”, en Varios Autores, 1979: 1-37.
- 1987 *La forte luce del canonico. Kafka, Freud e Scholem, revisionisti della cultura e del pensiero ebraici*, trad. di Alessandro Atti, Milano, Spirali, 1989.
- 1989 *Poesía y creencia*, trad. de Luis Cremades, Madrid, Cátedra, 1991.
- 1994 *El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas*, trad. de Damián Alou, Barcelona, Anagrama, 1995.
- 2000 *Cómo leer y por qué*, trad. de Marcelo Cohen, Barcelona, Anagrama.
- CEDERNA, Camilla Maria: 1989 “Derrida e la critica decostruttiva americana”, *Lingua e Stile*, XXIV, 1, 159-170.
- CHASE, Cynthia: 1994 “Paul de Man”, en Groden, M. y Kreiswirth, M. (eds.) 1994: 194-197.
- CULLER, Jonathan: 1982 *Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica del estructuralismo*, trad. de Luis Cremades, Madrid, Cátedra, 1984. [Res. de Cristina de Peretti, en *ARBOR*, nº 471, 113-117.]
- CUNNINGHAM, Valentine: 1993 “Logocentrism”, en Makaryk, Irena R. (ed.), 1993: 583-585.
- DE BOLLA, Peter: 1988 *Harold Bloom. Towards historical rhetorics*, London, Routledge.
- DE MAN, Paul: 1971 *Blindness and insight. Essays in the rhetoric of contemporary criticism*, second edition, revised, London, Methuen, [1983] 1986 second printing. [*Visión y ceguera: ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*, traducción y edición de Hugo Rodríguez-Vecchini, Jacques Lezra, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1991.]
- 1979 *Allegories of reading: figural language in Rousseau, Nietzsche, Rilke, and Proust*, New Haven, London, Yale U. P. [*Alegorías de la lectura. Lenguaje figurado en Rousseau, Nietzsche, Rilke y Proust*, trad. de Enrique Lynch, Barcelona, Lumen, 1990.]
- 1984 *The rhetoric of romanticism*, New York, Columbia U. P.
- 1986 *The resistance to theory*, Minneapolis, U. of Minnesota Press. [*La resistencia a la teoría*, trad. de Elena Elorriaga y Oriol Francés, Madrid, Visor, 1990.]
- 1989 *Critical writings, 1953-1978*, Minneapolis, U. of Minnesota P. [*Escritos críticos (1953-1978)*, trad. de Javier Yagüe Bosch, Madrid, Visor, 1996.]
- 1996 *Aesthetic ideology*, Minneapolis, U. of Minnesota P. [*La ideología estética*, trad. de Manuel Asensi y Mabel Richart, Madrid, Cátedra, 1998.]
- DERRIDA, Jacques: 1967a *De la grammatologie*, Paris, Minuit. [*De la gramatología*, trad. de Óscar del Barco y Conrado Ceretti, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.]
- 1967b *L'écriture et la différence*, Paris, Seuil. [*La escritura y la diferencia*, trad. de Patricio Peñalver, Barcelona, Anthropos, 1989.]
- 1967c *La voix et le phénomène. Introduction au problème du signe dans la phénoménologie de Husserl*, Paris, PUF. [*La voz y el fenómeno. Introducción al problema del signo en la fenomenología de Husserl*, trad. y prólogo de Patricio Peñalver, Valencia, Pre-Textos, 1985.]
- 1968 *La différance*, en TEL QUEL, *Théorie d'ensemble*, Paris, Seuil, 41-66.
- 1971 “Sémiologie et grammatologie”, en Kristeva, J.; Rey-Debove, J.; Umiker, D. J. (eds.), *Essays in semiotics. Essais de sémiotique*, The Hague, Paris, Mouton, 11-27.
- 1972 *Dos ensayos*, Barcelona, Anagrama. (Contiene la traducción de dos de los estudios incluidos en *L'écriture et la différence* (1967): *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas*, trad. de Eugenio Trías; y *El teatro de la crueldad y la clausura de la representación*, trad. de Alberto González Troyano.)
- 1972a *La Dissémination*, Paris, Seuil. [*La diseminación*, trad. de José Martín Arancibia, Madrid, Fundamentos, 1975.]
- 1972b *Marges de la philosophie*, Paris, Minuit. [*Márgenes de la filosofía*, trad. anónima, Madrid, Cátedra, 1989.]
- 1986 *Mémoires for Paul de Man*, Columbia University Press. [*Memorias para Paul de Man*, trad. de Carlos Gardini, Barcelona, Gedisa, 1989.]
- 1987 “Algunas preguntas y respuestas”, en Fabb, N. y otros (eds.), *La lingüística de la escritura*, trad. de Javier Yagüe Bosch, Madrid, Visor, 1989, 259-269.
- 1988 *Como el ruido del mar en lo hondo de una caracola*, en la traducción española de 1986: 157-247.

- DETWILER, Louise A.: 1998 "Deconstructing the role of love in two of Pablo Neruda's *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*", *Hispanofila*, 122, 85-93.
- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, José: 1993 *Orígenes del discurso crítico. Teorías antiguas y medievales sobre la interpretación*, Madrid, Gredos.
- ELLIS, John M.: 1988 "What does deconstruction contribute to theory of criticism?", *New Literary History*, 19, 359-379.
- ENDO, Paul: 1993 "Harold Bloom", en Makaryk, Irena R. (ed.), 1993: 257-258.
- FELPERIN, Howard: 1985 *Beyond deconstruction. The uses and abuses of literary theory*, Oxford, Clarendon Press, 1987, reprinted.
- GASCHÉ, Rodolphe: 1986 *Le tain du miroir. Derrida et la philosophie de la réflexion*, trad. de Marc Froment-Meurice, Paris, Galilée, 1995.
- GLUSBERG, Jorge (ed.): 1991 *Deconstruction. A student guide*, London, Academy Editions.
- GRODEN, M., and KREISWIRTH, M. (eds): 1994 *Guide to literary theory and criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins U. P.
- HARTMAN, Geoffrey H.: 1975 "El destino de la lectura", en Asensi, M. (ed.), 1990: 217-249.
- 1976 "La voix de la navette. Ou le langage considéré du point de vue de la littérature", *Poétique*, 28, 398-412.
- 1979 "Words, wish, worth: Wordsworth", en Varios Autores, 1979: 177-216.
- 1989 "The state of the art of criticism", en Ralph Cohen (ed.), *The future of literary theory*, New York, Routledge, 86-101.
- 1992 *Lectura y creación*, introducción y traducción de Xurxo Leboreiro Amaro, Madrid, Tecnos.
- 1995 "On traumatic knowledge and literary studies", *New Literary History*, 26, 537-564.
- HIGUERO, Francisco Javier: 1997 "Diseminación deconstructora de la identidad en *Un fulgor tan breve*, de Jiménez Lozano", *Signa*, 6, 327-342.
- KNEALE, J. Douglas: 1993 "Hartman, Geoffrey H.", en Makaryk, Irena R. (ed.), 1993: 354-355.
- 1994 "Deconstruction", en Groden, M. and Kreiswirth, M. (eds.), 1994, 185-191.
- LATIMER, Dan: 1993 "Paul de Man" en Makaryk, Irena R. (ed.), 1993: 293-296.
- LEBOREIRO AMARO, Xurxo: 1992 "Introducción: Geoffrey Hartman y/o la fuerza del signo", en Hartman, 1992: 9-28.
- LECHTE, John: 1994 *Fifty key contemporary thinkers. From structuralism to postmodernity*, London, Routledge.
- LENTRICCHIA, Frank: 1980 *Después de la "Nueva Crítica"*, trad. de Ramón Buenaventura, Madrid, Visor, 1990.
- LYNCH, Enrique: 1990 "Exorcismos textuales (sobre la deconstrucción)", en *El merodeador. Tentativas sobre filosofía y literatura*, Barcelona, Anagrama, 77-100.
- MACKSEY, Richard; DONATO, Eugenio (eds.): 1970 *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista*, trad. Juan Manuel Llorca, Barcelona, Barral Editores, 1972.
- MAKARYK, Irena R. (ed.): 1993 *Encyclopedia of contemporary literary theory. Approaches, Scholars, Terms*, Toronto University Press.
- MILLER, J. Hillis: 1977 "El crítico como anfitrión", en Asensi, M. (ed.) 1990: 157-170.
- 1982 *Fiction and repetition: seven English novels*, Oxford, Basil Blackwell.
- 1987 "Figure in Borges's 'Death and the compass': Red Scharlach as Hermeneut", *Dieciocho*, 10, 1, 53-61.
- 1989 "The function of literary theory at the present time", en Ralph Cohen (ed.), *The future of literary theory*, New York, Routledge, 102-111.
- 1993 *Cruce de fronteras: traduciendo teoría*, trad. y notas de Mabel Richart, Valencia, Amós Belinchón.
- 1999 "¿Sobrevivirán los estudios literarios a la globalización de la Universidad y al nuevo régimen de las telecomunicaciones?", *Prosopopeya*, 1, 71-90
- NEWTON, K. M.: 1990 *Interpreting the text. A critical introduction to the theory and practice of literary interpretation*, New York, Harvester Wheatsheaf.
- NICOLÁS, César: 1990 "Entre la deconstrucción", en Asensi, M. (ed.) 1990: 307-338.

- NORRIS, Christopher: 1982 *Deconstruction. Theory and practice*, London, Methuen, 1985, reprinted.
- 1983 *The deconstructive turn. Essays in the rhetoric of philosophy*, London, Methuen, 1984, reprinted.
- 1988 *Paul de Man. Deconstruction and the critique of aesthetic ideology*, New York, Routledge.
- PEASE, Donald E.: 1994 "Harold Bloom", en Groden, M. and Kreiswirth, M. (eds.), 1994: 94-97.
- PEÑALVER GÓMEZ, Patricio: 1990 *La desconstrucción. Escritura y filosofía*, Barcelona, Montesinos.
- PERETTI, Cristina de: 1989 *Jacques Derrida: texto y desconstrucción*, prólogo de Jacques Derrida, Barcelona, Anthropos.
- POZUELO YVANCOS, José María: 1996 "La teoría de la desconstrucción", en J. Llovet (ed.), *Teoría de la literatura*, Barcelona, Columna, 169-187.
- STEINER, George: 1989 *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, trad. de Juan Gabriel López Guix, Barcelona, Destino, 1991.
- VARIOS AUTORES: 1979 *Deconstruction and criticism*, New York, Continuum, 1988, sixth printing.
- TODOROV, Tzvetan: 1996 *L'homme dépaycé*, Paris, Seuil. (Hay trad. española, Madrid, Taurus, 1997.)
- WELLEK, René: 1982 *The attack on literature and other essays*, Brighton, The Harvester Press, and The University of North Carolina Press.